

ENSAYO

LA OPULENCIA IGNORANTE

Carlos Garrido Chalén

LA OPULENCIA IGNORANTE

CAPÍTULO PRIMERO

LA IGNORANCIA, EL IGNORANTE Y LA OPULENCIA

I. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Ciro Alegría defendía como Montagne la tan difícil de juzgar “sabiduría de los ignorantes” o lo que los ilustrados llamaban “la bondad natural del buen salvaje”, solidarizándose con una cultura incipiente, muy inorgánica e incapaz de vivir “todas las patrias”, como soñaba Arguedas para “todo hombre no embrutecido por el egoísmo”.

Pero ninguno pudo históricamente prever que esa sabiduría tradicional, instintiva, sin padre inmediato conocido, se pierde, óptica y ontológica, cuando el ignorante es envilecido por la opulencia. No por su acceso fácil al error en el que solemos incurrir todos, sino porque la ignorancia propicia una atomizada visión del mundo, concibiendo la riqueza como una entelequia sustitutoria de la cultura.(*).

El ignorante opulento está al mismo tiempo dentro y fuera de las dos connotaciones clásicas, que se han usado para conceptualizar la cultura, porque ha formado una cultura con su Incultura o viceversa, una cultura con su elemental cultura, lo que lo diferencia de quienes se encuentran en la parte más encumbrada del espectro, en la medida que hay “cultos” dotados de inmenso conocimiento, pero de gran malevolencia que actúan como ignorantes, y en ocasiones la ignorancia es más un estado de conducta que un grado intelectual o de entendimiento.

Este estudio nos ha permitido confirmar, que el ignorante opulento, ignorante con dinero o “ignorante con plata”, como se le conoce en el mundo (términos que indistintamente utilizamos para describirlo), posee una incipiente capacidad para enriquecer positivamente el ambiente en el que vive, porque no asimila cabalmente el proceso de socialización ni valora los bienes culturales disponibles; y que entonces es un caso interesante para el análisis.

(*) la cultura es el primer derecho individual del ser humano al que comúnmente se le asigna dos connotaciones: una antropológica, que abarca todas las actividades y logros intelectuales y manuales del hombre en sociedad; y otra entendida como la antítesis de la “Incultura” o falta de instrucción, educación y conocimiento; aunque como lo sostiene Aristóteles, éste sea solamente un producto tardío que se dirige primordialmente a lo que tiene relevancia vital y recibe y posee en total sólo la cantidad de saber que necesita para la vida).

Como hemos utilizado para tipificarlo, el método de observación e interpretación externa, la inducción, la analogía y la evidencia empírica o fáctica, es posible que los datos obtenidos de la experiencia directa o indirecta, parezcan a veces ambiguos, en la medida que el objeto observado es un falseador de sus manifestaciones; por lo que hemos creído necesario – contra el peligro de todas las modas – entrar también al análisis de sus apariencias, y en general sondear por fuera y por dentro en una realidad que ha resultado más rica que cualquier especulación, sentando las bases para el estudio de la ignorancia opulenta y de su arrendatario filogenético el ignorante adinerado, que nadie se ha atrevido a efectuar – ni desde la inteligencia oficial ni desde la subterránea – lo que podrá, si valiera la pena, motivar otras indagaciones o revisiones científicas de repente más escrupulosas, al respecto.

Pero no se trata, como decía Gonzales Prada, de esbozar “la jactancia ridícula de saberlo todo y la vanidad pueril de creernos privilegiados talentos”, para ponernos al otro lado del espejo, ya que esa figura casi estelar de nuestra cultura, no está específicamente en un lado exclusivo, sino en todos.

Viéndolo bien, copa nuestra universalidad. Será siempre difícil por su artificiosidad o ilogismo, clasificarlo en estricto, dentro de un tipo psicológico puro, a la manera de Kretschmer, Jun o Spranger (clasificación que de otro lado devendría en anticuada); pero la más elemental reflexión axiológica nos lleva a asegurar que su envilecimiento perturba obviamente su personalidad, forzando un tipo distinto para la sociología y la psicología, incapaz de adaptarse ab initio a su ambiente social, insolvente moral, e inestable y

desproporcionado, en sus reacciones; voluble en cuanto cambia constantemente de objetivos y emite juicios arbitrarios y desajustados, no pudiendo frenar con grandeza sus caprichos por aquello de existir una diferencia aparente entre lo que presume ser y lo que es, y tener poca capacidad para amar y apreciar el valor de los demás.

Y es que el ignorante adinerado, como “el Tartufo” de Moliere, a veces intenta resucitar “el volapuk de la época terciaria”, porque psicológicamente hablando, la inconsciencia de su “ello” lo lleva a desarrollar un espíritu de contradicción y la creencia absurda de una presunta infalibilidad, que le hace no ser generalmente comunitario como lo es todo hombre por disposición natural.

Fichte scandalizó, cuando aseguraba que “el hombre se hace sólo entre los hombres”; y Landmann cuando dijo que el hombre que vive fuera de una comunidad, no es hombre sino animal o Dios; pero los dos que cayeron en la trampa de su infortunio idiomático, no avizoraron – ni siquiera de reojo – a ese nuevo producto que pretende estructurar su futuro en virtud de un desarrollo mercantil básicamente individual; que llega a adquirir empíricamente su parte cultural, sin convertirse ni en animal ni en Dios (aunque se diga que sólo las estructuras sociales son las que nos transmiten cultura, y en contraposición, se anote, que el ignorante aquel no podrá ser exclusivamente individual como adinerado, ni proveer un desarrollo mercantil de esa manera, sin el concurso de los otros entes de su comunidad por los cuales se interesa o desinteresa a la vez, como sujeto económico). Y es que generalmente como individuo no reanuda en si las tradiciones culturales que se le ofrecen y no entiende en

absoluto o no le interesa escalar o superar la altura de la cultura o la incultura en que ha nacido.

No disponemos de datos estadísticos para establecer cuantos ignorantes adinerados existen en el mundo, que según las proyecciones del fondo de población de la Naciones Unidas en el año 2050 tendrá 10 mil millones de habitantes; ni podríamos basarnos para su cuantificación en los índices de analfabetismo confirmados, por que como dice Rousseau “la precisión geométrica no es aplicable a las cantidades morales”, y porque además no todos los analfabetos son opulentos y la ignorancia no se circunscribe necesariamente a ellos, de la misma manera como no todos los ricos son ignorantes.

Pero en todas las sociedades capitalistas, infracapitalistas y socialistas conocidas los hay, ávidos de riqueza y de acumulación indefinida; ni tratamos de establecer a priori cuál de ellos es el peor, según las razas, las regiones o los continentes; y de repente en el análisis hemos incurrido en extremos que exaltarán el avispero al generalizar juicios de valor y tipicidades que podrían no darse en todos los casos (“No todas las serpientes ni todos los hongos encierran ponzoña mortal”, decía ingenieros); pero no hemos querido establecer un juicio de reproche incriminatorio para lapidar – bajo la pedagogía del garrote, como un tribunal inapelable – al ignorante con dinero, o contravenir subversivos las reglas de la ciencia social, sin contribuir de alguna manera a su receptividad dinámica frente a un nuevo fenómeno que identifica y comprende a muchos.

Muchos, por eso, se sentirán aludidos, y hasta retratados. Y hasta es posible que por ahí salte alguien en su defensa, desde su connotación particular de la ignorancia, para alegar que en la actualidad la ignorancia ya no ronda los dominios de la opulencia, porque el opulento ha dejado de ser ignorante en la medida que ha aprendido a manejar con conocimiento de causa – instaurando una cultura propia -- todos los resortes de su riqueza. Pero es falso que la ignorancia opulenta haya dejado de existir.

Rehusamos reivindicar la etiología del atavismo y aceptar que la ignorancia opulenta y su especial inquilino, sean un mero accidente dentro de nuestra sociedad; y discrepamos de los que fabulando como Esopo piensan que educar es domesticar y que esa “especie Humana”, podría desaparecer con una sabia y progresiva educación terapéutica, como desaparecieron hace 200 millones de años los dinosaurios.

El ignorante opulento es el producto típico de una sociedad degradada y decadente. Nace en ella, pero no bajo la connotación eventual, inesperada o degradable de un accidente, sino por natura bajo la admonición lógica y no accidental del abuso de la propiedad privada, que según Kant, es un derecho sagrado acordado al hombre por la naturaleza o por Dios.

Ahora que la geometría ha dejado de ser euclidiana y la lógica aristotélica, aunque no es verdad que “vivimos horas más sinceras y menos hiperbólicas”, como expresaba Jiménez de Asúa, es cierto que nuevas luces alumbran el

mundo: pero esa sociedad senil y decrepita que ha avanzado científica y tecnológicamente, insiste en fomentar ese abuso de la propiedad personal para la obtención de ingresos no provenientes necesariamente del trabajo, sin interesarse en conjugar la riqueza material y espiritual con la excelencia moral y el perfeccionamiento físico. Y el ignorante con dinero es producto de esa fatalidad, porque en esa sociedad escolarizada y mercantilizada que lo ha engendrado, la que le permite envilecerse, envileciendo por contagio a los demás.

Cometeríamos un error si al hacer un balance del “debe” y el “haber” del ignorante, repetiríamos irrespetuosamente como Gonzales Prada la catilinaria de que “su cerebro es una prolongación de su tubo digestivo”. Y seguro que incurriríamos en las “logomaquias de los verbalistas”, si sostuviéramos epigástricos en el más ruin metaforismo, que *in stercore invenitur* (que entre excrementos será hallado), que no es para tanto, porque fuera de cualquier pleonasma y a pesar de su naturaleza promedialmente fáustica, es un ser humano con deberes y derechos inherentes que reconocer.

Sería entonces ofensivo tratarlo frívolamente, pero también justificarlo, como los partidarios del determinismo mecanicista, quienes niegan dialécticamente el libre albedrío bajo la insinuación de que la conducta se halla predeterminada por las circunstancias exteriores que no dependen de uno, porque ese criterio también sería injusto.

Aunque hay quienes, como Kelsen por ejemplo, que sostiene que la experiencia del libre albedrío, no es más que una ilusión porque no vale para el dominio de la realidad natural, sino para el de la validez de un orden normativo.

El ignorante opulento está en el centro de una epítasis aguda, por el hecho de que la nuestra es una sociedad con una mentalidad cuantitativo productiva, que sufre una intensa mutación demográfica, pero que no prepara para vivir en ella ni aporta sentimientos de deber social, de desarrollo y respeto de la dignidad o de seguridad en el porvenir.

Ningún esfuerzo tiende a neutralizar las energías ininteligentes y amorales de la naturaleza o a aumentar la capacidad del hombre para la vida social no obstante que a todos parece constar que se requiere urgente un trabajo de regeneración del espíritu humano y un nuevo servicio de aculturación.

Claro que son pocos los que trabajan para cambiar esta sociedad sin el iluso mito de la sociedad perfecta que inspiró a Moro, lo que es también una tragedia; pero es importante fomentar ya un cambio radical de su vida, una revolución socio-cultural, sobre la base de una educación que no degrade ni cree déspotas y que como diría Marcuse, oponga a la política establecida una contrapolítica que la enfrente en su propia base de movilización total.

¿Para qué?. Para que cada hombre engendre en sí mismo y en los demás la necesidad instintiva de una vida sin horror y sin estupidez y la repulsión

intelectual frente a los valores y desvalores de una opulencia que defiende la agresividad y la represión en todo el mundo.

Científicos de la talla de Carl Sagán y Paul McLean, sostienen que muchas de nuestras costumbres proceden del paleolítico, porque “se ha demostrado según la anatomía, que somos hijos de nuestros antepasados los dinosaurios”, que uno de los tres ordenadores biológicos interconectados de nuestro cerebro ha sido heredado de los vertebrados más primitivos los reptiles, pero no es serio ni siquiera insinuar que el ignorante con plata – de instintos paleopsíquicos y costumbres francamente primitivas en muchos casos – sea el arquetipo sucedáneo de esos fósiles de la era secundaria y que vaya a desaparecer como ellos definitivamente.

La educación, que, según Gonzales Prada, “suele convertir al bruto impulsivo en un ser razonable y magnánimo” o la instrucción “que ilumina el sendero que debe seguir el hombre para no extraviarse en las encrucijadas de la vida”, puede reducir los índices alarmantes del analfabetismo y el *quantum* de la ignorancia en el mundo (aunque hay cierta instrucción que puede mantener al hombre en la bajeza y en la servidumbre); pero sin ser fatalistas podríamos decir que la ignorancia opulenta no desaparecerá como realidad conductual por completo de este planeta, porque la ignorancia – más antigua que la expiación y la venganza – es como conducta, muchas veces consustancial a la raza humana, llena de “fallas y carencias” como adelantaba Herder.

Esto no quiere decir que la nuestra sea una raza de ignorantes, aunque sí proclive, por su naturaleza, a mantener ese estado. Pero aquí, para resarcir al mundo de esa amateza, habría que repetir lo que decía Mariátegui: “la humanidad no persigue nunca quimeras insensatas ni inalcanzables: corre tras de aquellos ideales cuya realización presente cercana, madura y posible. Con ella acontece lo mismo que con el individuo. Este no anhela nunca una cosa absolutamente imposible, sino relativamente posible y alcanzable. Un hombre humilde de una aldea; a menos que se trate de un loco, no sueña jamás con el amor de una princesa ni de una multimillonaria lejana y desconocida, sueña en cambio con el amor de la muchacha aldeana a quien él puede hablar y conseguir. Al niño que sigue a la mariposa puede ocurrirle que no le aprese jamás; pero para que corra tras ella es necesario que lo sienta y crea relativamente a su alcance. Si la mariposa va muy lejos, si su vuelo es muy rápido, el niño renuncia a su imposible conquista. La misma es la actitud de la humanidad ante el ideal. Un ideal caprichoso, una utopía imposible, por bellos que sean nunca conmueven a las muchedumbres”.

Como Diderot podríamos decir que “mucho hace la educación, pero no puede hacerlo todo. Educad a diez niños enseñándoles a ser discretos y prudentes: serían menos indiscretos y menos imprudentes que si no se hubiera procurado excitar en ellos estas virtudes, pero habrá entre ellos uno o dos en los que la educación no habrá conseguido su objeto”.

La inteligencia, el saber y el conocimiento, pueden reducir el marco y trayectoria de la ignorancia, pero no de manera absoluta porque siempre

pervivirá como actitud a través de los defectos, los vicios y los complejos insuperados, como esos tifus exantemáticos que aparentemente son vencidos, pero que solamente reducen su incidencia.

Nunca dejará entonces de ser parte de este mundo, - al que habrá que higienizar espiritualmente – salvo una revolución total que difícilmente se concertará, como se avanza: retrocediendo, falseando el sentido de la moral humana, fomentando un ansia frenética de “seguridad” y de desconsuelo compensatorio, a través de la adquisición y búsqueda de la ganancia. “Mantener el árbol vetusto e injertar un renuevo aislado en su fronda es hacer peor el fruto”, expresaba metafóricamente Jiménez de Asúa.

Luis E. Valcárcel cree que la cultura ecuménica hacia la cual se dirigen todos los pueblos consagrará en definitiva el triunfo del hombre, vencidos para siempre sus enemigos: la ignorancia, el despotismo y la miseria. Pero ese es un criterio demasiado optimista, si sólo se sostiene en presunciones. Para expresar el éxito en el trabajo de modificación supraestructural del mundo es importante valorar el libre desenvolvimiento de la individualidad como uno de los principios del bienestar humano.

Stuart Mill tenía razón por eso, cuando alegaba que si a extremo se le considerase no como un elemento que se coordina con todo lo que se designa con las palabras civilización, instrucción, educación, cultura, sino como parte integrante y condición de todas esas cosas, no habría peligro de que la verdad no fuese apreciada en todo su valor, ni se tropezaría con dificultades

extraordinarias, para trazar la línea de demarcación entre ella y la intervención social.

Lamentablemente es otra la realidad, por lo que entonces debe propenderse sin excesos, a reivindicar esa valoración de la espontaneidad individual, para que cada cual tenga el derecho de escoger la sociedad que más le convenga, sin sacrificar el sentimiento y la inteligencia, y sin incurrir en groseras usurpaciones de la vida privada ajena. Pero primero hay que civilizar el mundo – crear un nuevo tipo de civilización y de cultura – porque es falso que la barbarie ha sido definitivamente derrotada, pues hay quienes trabajan para que reviva y reconquiste a la civilización.

El “Ignorante Opulento”, es una entidad biológica, económica y cultural que está dentro de ese *maremágnum* por civilizar. O mejor dicho por preparar para la vida, más desde los hechos que desde los conceptos, sin fragmentaciones. No como a un erudito desconectado de la realidad, o como un súbdito vencido y sometido, sino como a un ser humano, capaz de ser sensible al bien propio tanto como al bien común.

Pero todo será meramente retórico y anticientífico, si sólo se pretendiera una renovación litúrgica de sus usos y costumbres. A decir de Daniel Valcárcel “ejercer una función pedagógica significa asumir, poco a poco, la responsabilidad de enseñar, de indicar caminos de iniciación cultural, eficiencia técnica y responsabilidad moral”.

No tanto capacitar para realizar acciones cotidianas eficientes de la colectividad a la manera del esteta Yacháchic o maestro de ilustre linaje de la cultura aborigen, *homo intellectualis y moralis* del viejo incanato o para reconstruir la fuerza de los Yachaywacis o casa del saber a fin de extremar la filosofía moral de los Willac Umu, supremos árbitros de la vida eclesiástica imperial, sino conforme a las nuevas exigencias del mundo que se sacude cada vez más de sus vanidades autárquicas y su medievalismo.

José Ingenieros sostenía que “un ser de escasas aptitudes desprovisto de toda educación, es un fronterizo de la imbecilidad”. Alegaba que sin estudio, no se tiene ideales, sino fanatismos y que el entusiasmo vidente de los hombres que piensan, no es confundible con la exaltada ceguera de los ignorantes. Para él, el ignorante es siempre débil, incapaz de confiar en sí mismo y de comprender a los demás, anotando que en la cultura está el secreto de toda elevación, pues ella engendra la única excelencia legítima, apuntala nuestras creencias, aguza el ingenio, embellece la vida y enseña a amarle.

El problema más grande que enfrenta el mundo en ese sentido, es la angustiosa falta de alternativas de la obsoleta educación tradicional que ha sido escolarizada confinada a aulas, concentrada en una elite, facilitando la estructuración política del fascismo en muchos ámbitos. La escuela ha monopolizado la educación, forzando al individuo a perder muchos años de su vida aprendiendo cosas que no utilizará jamás. Ivan Illich acierta por eso cuando opina que “hay que descolarizar el concepto de la educación”.

II. ANTECEDENTES HISTORICOS

La ignorancia y la opulencia nacieron con la historia; pero los antecedentes más remotos de su existencia asociada, hay que buscarlos fundamentalmente entre los primitivos inventores de la moneda acuñada los hebreos, los comerciantes fenicios de la Asia antigua que ocupaban parte de la costa de la actual Siria, los egipcios que poblaron el norte de África junto a los moros de la vieja Mauritania, hoy Marruecos, los griegos y los romanos.

Una revisión minuciosa de la historia de la humanidad, nos permite sin embargo inferir que la ignorancia opulenta, también echó raíces antes de la invención de la moneda acuñada – entendiendo que la opulencia no solo es riqueza dineraria – entre los persas, los árabes, los escitas, sármatas y alanos, iranos de raza blanca procedentes de las altas mesetas de Turquestán y Jorasán; los turcos, los hunos y avaros, asiáticos de raza amarilla; los godos de las estepas, los germanos de los bosques de la Europa Central, los sajones y los frisios de las riberas nórdicas, de las provincias Meridionales de

Escandinavia, cuyas primeras migraciones se remontan al segundo milenio antes de nuestra era.

La ignorancia opulenta también floreció en estados guerreros como los vándalos de África, luego de confiscar sus tierras a los aristócratas romanos, saquear Grecia y las islas del mar Tirreno, ocupar una parte importante de Sicilia y crear el vasto "Imperio del trigo" privando a Roma de sus grandes mercados de cereales.

Lo mismo ocurrió entre los Ostrogodos en Italia, que al mando de Teodorico vencieron a los Hérulos de Odoacro, entre los visigodos que llegaron a dominar la mayor parte de España, ocuparon toda la Provenza al sur de Durance, conquistaron Auvencia y expulsaron a los Celtas americanos de Bourges; entre los francos procedentes de las orillas inferiores del Rin, que conquistaron el norte de Galia, avanzaron hasta Tréveris y alcanzaron el Mosa; entre los barbaros que destruyeron los limes de Friul y las plazas fuertes de Venecia; y en los reinos anglosajones de orígenes diversos pero con un fondo étnico común que en Inglaterra, a partir de la celebración de asambleas de campesinos libres que efectuaban para repartir las tareas, forjaron un tipo de vida colectiva.

De hecho resultaría ingenuo, hacer estimaciones numéricas en el trato de estos antecedentes remotos por la imposibilidad de una comprobación científica inmediata; pero si podríamos afirmar que está probado que cada uno de esos pueblos, tuvo una aristocracia dominante o una nobleza militar

influyente, infiel, no siempre muy numerosa, que audaz aunque de escaso valor espiritual e ignorante, sucumbió con brutal desesperación a los envilecimientos naturales de la riqueza y el privilegio.

La ignorancia y la opulencia se juntaron y alianzaron con sus posturas hostiles e insumisas con rara perseverancia, para crear una nueva categoría social de la que nadie para el análisis se percató. Fueron esos mismos potentes, como decía Jacques Heers, corruptos y abusivos, absolutamente dedicados a conquistar cargos y fortunas, a recaudar impuestos extraordinarios y a asignarse ciertas protecciones familiares, los primeros eslabones de una ignorancia opulenta que luego se prolongó sobre las extensiones brumosas de los ricos mercaderes de todas las orillas, como por ejemplo, entre los pueblos turcos de las Estepas de Kubán y el sur de Rusia que formaron los imperios avaros tomados por los búlgaros, la Gran Bulgaria del Volga, los búlgaros de los Balcanes, y especialmente el pueblo de los cázaros, enriquecidos por el comercio de caravanas hacia el Caspio o el Mar Negro y sus ciudades mercantiles pobladas de judíos, cristianos y musulmanes; entre los frisonos y los vikingos, dominadores del mar, que se dedicaron al pillaje repartiendo el botín, fundiendo los tesoros y negándose a usar monedas.

Iguales antecedentes encontramos en la Sociedad Feudal o de Vasallaje, en donde la tierra fue la fuente principal de la fortuna y del poder político, y la partida para el desarrollo del gran comercio, el resurgimiento y ocupación de las ciudades en Europa, a partir del siglo X.

El intercambio en los mercados rurales y el desarrollo a larga distancia, permitió el retorno a las prácticas monetarias olvidadas y a ampliar el derecho a acuñar moneda que hasta después del año Mil, era monopolizado por algunos señores o establecimientos eclesiásticos, acuñándose los metapanes de plata de Venecia en 1,192, los sueldos de Florencia en 1,237 y los gros de Francia (1,266), Flandes (1,275) e Inglaterra (1,279), los ducados de Génova y los florines de Florencia (1,252), adoptando muchos países como monedas de cuentas, la libra y los denarios, y el comercio de la plata.

Entonces muchos abandonaron sus trabajos para ejercer en forma abierta o encubierta pero leonina de prestamistas usureros, fundamentalmente dentro de los lombardos procedentes de Placenza, Toscana, Piamonte, Asti y Chieri, que se movilizaban por las rutas de las ferias, no obstante las restricciones que contra la usura se promovían desde el Corán, la Biblia (Levítico, éxodo y Deuteronomio), el Código de Hammurabi, los fragmentos de Nipur, la Ley de las XII Tablas, la Ley Puilia Moenia, la Ley Genucia y la compilación India de Manú.

La ignorancia opulenta siempre fue asumida por hombres advenedizos, sin escrúpulos, sin fe y sin ley. Los mercaderes del año 1000 ubicados fuera de los cuadros y mentalidades de la sociedad feudal y agraria, mediocres, eran aventureros, mendigos, vagabundos o peregrinos, que se enrolaban como marineros en navíos, y se unían en caravanas hacia zonas lejanas para buscar un rápido enriquecimiento. Sus ciudades eran lugares de perdición y derroche,

se ganaban la vida acumulando grandes fortunas sin aportar nada a su entorno.

Como ahora constituían el patronazgo de los poderosos, aprovechándose de la miseria económica de la sociedad, a través de toda clase de maquinaciones fraudulentas, a fin de dar a sus negocios la apariencia de la más absoluta legalidad.

Desde aquel entonces a la fecha no ha habido ninguna evolución secular y no es una tautología afirmar, que las mismas situaciones fácticas de angustia personal que incitaron ayer ese *ánimus lucrandi*, siguen repitiéndose en nuestro tiempo, habiéndose convertido en el reprochable presupuesto de toda una convención usurera.

Esos mismos “potentes” ricos, influyentes y privilegiados que antaño se opusieron a los “*humiliores*” (o “*tenuiores*”), han sobrevivido al tiempo enarbolando los sofismas de los primitivos mercaderes o aprovechándose inmoderadamente de su prevalencia económica.

Son los mismos corruptos comerciantes de riquezas mal adquiridas, traficantes humanos y cambiadores de monedas, cegados por sus propias artimañas, que en la Pascua de Jerusalén, fueron expulsados y heridos a diestra y siniestra por Jesús, con un improvisado azote de cuerdas del Templo de cantería, echados con violencia junto con sus bueyes, ovejas, palomas y tórtolas,

trastornadas y echadas a rodar por el suelo las mesas y los montones heterogéneos de monedas paganas de los usureros.

III. EL IGNORANTE OPULENTO: UN NUEVO SUB GRUPO SOCIAL

Dicho sin subterfugios, el ignorante opulento, ha llegado a formar un nuevo sub grupo social, dentro del cual existen jerarquías.

Ganado por la necesidad de un espacio (y de repente también de un tiempo y de una historia), ha forjado, acaso sin querer, un nuevo vértice dentro del marco de nuestra sociedad. No es ni proletario ni pertenece totalmente a la clase media ni a la burguesía a la que no obstante su dinero no le permiten acceder.

Su grupo, que se jacta de un poder terrible, tiene un poco de las otras estratificaciones. Falta seguramente que alguien con poca originalidad los convoque, para que confirmen lo que en el fondo admiten: que son: ignorantes, y que tienen dinero, pero que además forman un nuevo Estatuto ventricular diferente que aspira intuitivamente, a ocupar el vértice de la pirámide con la que se suele graficar el desigual reparto de los ingresos nacionales.

El suyo es un aporte involuntario al aumento de la infinita diversidad de las sociedades humanas.

Pero no se puede, apelando a un sociologismo vulgar, dar una interpretación simplista o trivial a ese fenómeno a la manera de los metaéticos, los positivistas lógicos o los emocionalistas, que de alguna manera están equivocados. Para examinar la ignorancia opulenta, hay que trasponer la sociología y superar el concepto trillado de la prioridad del todo sobre el elemento y de las síntesis sobre el análisis, repetido por la erudición mediocre.

El conocimiento científico, como lo anota Burge, trasciende los hechos, los descarta, produce y explica, seleccionándolos, controlándolos y reproduciéndolos, porque es fáctico, analítico, especializado, comunicable, metódico, verificable, sistemático, explicativo y predictivo.

La sabiduría, como lo intuyó el propio Sócrates, es una combinación de ciencia y virtud. “Para hacer el bien – enseñaba Ingenieros – basta verlo claramente; no lo hacen los que no lo ven; nadie sería malo sabiéndolo. El hombre más inteligente y más ilustrado puede ser el más bueno; - puede – serlo, aunque no siempre lo sea. En cambio el torpe y el ignorante no pueden serlo nunca, - irremisiblemente -. Y desde ese particular punto de vista, del que discrepamos en parte, porque el bien es un valor que puede ser asimilado también por intuición y sentido común sin conocerlo, el ignorante con plata es doblemente inepto; pero ha llegado a hacer “sub grupo”, no obstante esa ineptitud.

El autor de "Las Fuerzas Morales" decía que el mediocre no inventa nada, no crea, no empuja, no rompe, no engendra; pero se le fue del contexto, como a otros, el ignorante adinerado. Él anotaba que la cultura es el fruto de la curiosidad, de esa inquietud misteriosa que invita a mirar el fondo de todos los abismos y que el ignorante no es curioso porque nunca interroga a la naturaleza, pero se equivocaba, porque en el personaje que estudiamos hay una curiosidad instintiva evidente, que se junta con la necesidad y uniforma ideas, hábitos, gustos y placeres, y construye bajo un mismo lenguaje un nuevo sub grupo social, indeterminado aún, neutro y quizás amorfo, que jamás fue abordado ni comprendido por la sociología, pero que existe y sobrevive cogiéndole un poco a todos los demás. Desde esa ojeada ha inventado un esquema, engendrando a su manera un nuevo ente social que, para colmo de males, empuja y rompe cuando quiere, pretendiendo hacer lo mismo con el resto.

Evidentemente que cada individuo se identifica con un determinado grupo o clase a la que pertenece. Generalmente el proletario sabe que integra el estamento de los desposeídos; el de la clase media que no es ni pobre ni rico: que está en el medio de la espiral, y el burgués, que es el más favorecido del trípode social. Pero no esperemos que el sujeto que analizamos, a quien le aterroriza la palabra "ignorante" y prefiere sustituirla por otras, reconozca públicamente ni que es ignorante ni que ha formado un nuevo sub grupo social bajo el estigma de su ignorancia y de su dinero. Él sabe en lo más íntimo de su ser, que lo es, pero hace lo imposible para que su ignorancia pase inadvertida poniendo como escudo su dinero.

Generalmente cada cual defiende su clase de alguna forma: el proletario aspira a ser de la clase media, y ésta a mejorar su status. Lo mismo sucede con el rico burgués en cuanto a superarse cuantitativamente. Pero el ignorante con plata es la excepción de esa regla extraña por su falta de “conciencia de clase o de grupo” (y su desconfianza), y porque aún si la adquiriera, no está a su alcance filosofar sobre términos de identificación y solidaridad.

No es el “Indiferente” clásico al que se refería Ribot, pero como su mayor miseria es su precariedad cultural, no llega a advertir las consecuencias de su incipiente progreso ético social y se muestra incapaz para proponer una personalidad vigorosa o una imagen rectora que lo represente. De allí la frecuente desunión y ausencia de grandes caracteres de ese sub grupo social, en donde el ignorante, con un orgullo completamente ingenuo, se jacta a la manera de los arcaicos, de sí mismo.

Son “sub grupo”, porque están unidos por vínculos específicos de explotación y poseen características inéditas, en cuanto a conocimientos, experiencias, costumbres, modos de pensar y de ser. No son permanentemente semejantes pero si mutuamente insensibles a la suerte del prójimo. Llevan un sello de clase, como diría Mao, pero su organización no es consiente ni formal, porque el conocimiento de hecho no es convencional y porque ésta es una sociedad fundamentalmente de informales.

Efectúan tareas no siempre comunes sin ninguna perspectiva histórica trascendente, pero son parte del engranaje social e influye en él a su manera. Muchas veces se alianzan con individuos de otras clases o grupos para explotar un determinado renglón comercial o para complotar contra lo que ellos llaman “la sucia competencia”.

No hay manera de prototipar metodológicamente y de inmediato sus contradicciones, ni de saber cómo se resuelven, porque no es claro con quién se enfrentan con preeminencia y las interconexiones que promueven. Desde el punto de vista marxista, por ejemplo, la contradicción entre el proletariado y la burguesía, se resuelve por el método de la revolución socialista; la contradicción entre las colonias y el imperialismo, por el método de la guerra revolucionaria nacional; la de la clase obrera y el campesinado en la sociedad socialista por el método de la colectivización y la mecanización de la agricultura; las contradicciones partidarias por el método de la crítica y de la autocrítica; la contradicción entre la sociedad y la naturaleza, por el método del desarrollo de las fuerzas productivas; pero el ignorante opulento es protagonista de un proceso nuevo y complejo con nuevas contradicciones y características.

No son de aplicación absoluta en su contexto los métodos inalterables y de inducción mecánica pre existentes. Contradicciones cualitativamente diferentes sólo pueden resolverse por métodos cualitativamente diferentes. Está bien. Pero no se puede resolver todos los problemas sociales, y menos los derivados de los desfases que incentiva el ignorante, bajo la presunción de

contradicciones que varían según el ojo interesado del observador y que, de otro lado darían lugar al nacimiento de métodos disimiles. Nadie puede negar la necesidad de un método serio; lo malo esta en ignorar que los fenómenos sociales son dinámicos y que no hay leyes inalterables de aplicación mecánica absoluta que comploten contra ese dinamismo.

En el caso del ignorante con dinero que como compensación, desarrolla un fuerte espíritu de contradicción, habría que ver quién es para él y sus intereses de rapiña su contrario: si está en su misma clase o en otro sub grupo social y con quién frecuentemente se alianza. Para conocer realmente algo, aunque no sea por completo, hay que abarcar y estudiar sin las distracciones de Lenin, todos sus aspectos, vínculos y mediaciones.

Dentro del sub grupo autónomo instituido por el ignorante con dinero, se da también esa ley universal del “reemplazo de lo viejo por lo nuevo” prevista por Mao: como resultado de una serie de luchas llenas de vicisitudes, lo nuevo pasa de pequeño a grande y llega a ser predominante; en cambio lo viejo pasa de grande a pequeño y se aproxima gradualmente a su desaparición. En el momento en que lo nuevo logra predominar sobre lo viejo, la cosa vieja se transforma en una cosa nueva.

Por sus particularidades, el del ignorante con dinero es un sub grupo que aspira a ser dominante y convertirse en nueva clase, a partir del poder económico que detenta. Carece de una orientación, método, plan o política de grupo o clase y es difícil que encuentre una identidad formal, porque a todos

les conviene presumir que poseen dinero, pero a nadie reconocer que son ignorantes, mas no es precisamente por esa contradicción que están interconectados y al final identificados informalmente aunque pervivan en la caja de pandora que conforman sus brutales antagonismos y conflictos. Es ese ejercicio de ganar o perder; de poseer y no poseer, el que los interconexiona, identifica y permite transformar sus condiciones de grupo incipiente.

Como los mercaderes del año 1000, los ignorantes opulentos de hoy pretenden constituir su propio Derecho y formar sus propios tribunales para enfrentar sus asuntos, como los courts of piepowders de Inglaterra; pero a diferencia de ellos, ya no se reúnen en Asociaciones para defenderse y ayudarse mutuamente, al estilo de las guildas, cofradías o Hansas de antiguo cuya fuerza se fundamentaba en el respeto absoluto de un juramento colectivo, aunque se opusiera a la jerarquía y al orden social, sino se alianzan con toda una laya de testaferros y aduladores incondicionales para apuntalar sus negocios.

CAPÍTULO SEGUNDO

ÁMBITOS Y CONDUCTAS DEL IGNORANTE OPULENTO

I. DESCRIPCIÓN TÍPICA DEL IGNORANTE OPULENTO

El ignorante con dinero (o “burro con plata”, como también es conocido en varios países andinos), es un personaje típico de la sociedad capitalista. (“de un capitalismo ciego y sórdido ajeno a toda elevación intelectual y moral”, como repetía Víctor Andrés Belaunde). Y obviamente uno de sus productos culturales más característicos. Pero también existe, aunque en forma solapada, y considerada parasitaria en la sociedad socialista, en donde el estado, exclusivo productor de bienes monopoliza el comercio, y prohíbe toda especulación económica de carácter privado. No hay que buscarlo “en los atlas de la fantasía. Entre las Atlántidas y las Lemurias”, como diría Valcárcel, sino como realidad en todos los sistemas.

Su conducta social carnavalesca, tiene demarcaciones claramente típicas, que obedecen a un patrón instintivo de comportamiento que le diferencia de los demás.

No es siquiera ese claro oscuro entre la inteligencia y la estulticia a que se refería Ingenieros, porque se ubica en un espacio ideológico aun sin analizar. Pero no hay nadie más falso, ruin, desdeñoso y envidioso que un ignorante con dinero.

Para él, que ha llegado a una situación expectante tras un desplazamiento generalmente involuntario, su capital es su “cultura”, su segunda naturaleza, su naturaleza vital.

En ella se busca y encuentra a los demás; siendo evidente, por su miopía cultural, que no posee una visión clara ni del presente ni del porvenir, desde que no tiene ideales sugeridos por la educación. Pero ha aprendido a encontrar sucedáneos para reemplazar esa carencia, a partir de sus recursos económicos, que son al final su “élan hacia lo mejor”. Y es que, como sugiere Landmann, así como hay fisiológicamente un “umbral de la conciencia”, que solo puede ser traspasada por determinados estímulos, así también hay un “umbral de la cultura”: solamente aquello que tiene “significación” dentro de cada estilo de vida”, puede entrar en él.

Calculador por antonomasia, y poco comprensivo por su impotencia para detectar el dolor de otros seres, sabe disimular cuando le conviene aparecer

modesto y es arrogante y presumido cuando le interesa que el resto se entere de sus posibilidades. Cree como Terencio que es hombre y nada de lo humano le es extraño, pero en el fondo todo, incluso lo humano, le es ajeno. La opulencia le da seguridad y predominio, y le permite suponer que no necesita de educación o instrucción ni de mayores conocimientos que los que su intuición elemental le proporciona. Pero su “odio a la cultura” es en realidad, por usar la fraseología de Landmann, un odio a sí mismo, desde que los hombres somos *eo ipso* e inevitablemente seres culturales.

Como generalmente todo le sobra, mezquino y trivial desdeña contingente a sus vecinos y no permite que ninguno lo supere. No comprende, como sentencia Ingenieros, que envidiar es una forma aberrante de rendir homenaje a la superioridad ajena, y como es un hombre egoísta y vulgar, siente celos de las riquezas de otros.

Su sentido de la superación, tiene la manera umbrosa de los peripatéticos decadentes. No sabe admirar, pero se hace admirar por sus amigos y conocidos y esfuerza para producir ese mismo efecto entre sus enemigos, a quienes menosprecia. Es un enemigo peligroso, pues su mejor consejero es el odio y la venganza, que comparte con los suyos, sus parientes, sus amigos y sus socios y asociados.

Se vale de todas las armas – lícitas e ilícitas -- y hasta de aquel periodismo “de pongos sumisos” a que se refería Lara, para establecer su preeminencia, y si

triunfa se siente feliz y celebra, invitando a sus allegados y a los enemigos de sus enemigos, que indudablemente son sus amigos, para que le congratulen.

Por su soberbia y su *morbus animi*, y su lucha por encontrar distinción, ya que habitualmente vive en el plano de la figuración con los conceptos desviados y falsos de lo cotidiano y fundamentalmente como se los susurra la habladuría, como alega Landmann: se pelea y rivaliza con los demás y gana con facilidad enemigos – es un intrigante incorregible – a los que maldice y detesta *ad infinitum*, movilizándolo sistemáticamente el resentimiento de su comunidad.

La cólera es una manifestación de su ansia de poder y de dominio, pero a la vez, como reflexiona Ruiz Funes, de su sentimiento de debilidad, no sabe perdonar y busca una oportunidad para la revancha, pero a veces se venga cobardemente en una víctima inocente por el agravio recibido de otra persona. La vendetta, sanción característica de las órdenes jurídicas primitivas, le atrae mucho.

Su *ánimus retorquendi* es infinito, y nunca juega a perdedor. Y cuando pierde se va autovengativo, inepto, contra sí mismo y contra los que lo rodean con toda la “*violenza della lingua*”, sin entender que al renegar o maldecir, sólo está caminando en círculos concéntricos que lo acercan a su propia destrucción. En el ignorante opulento enfermo mental se da también lo que la ley llama, la venganza delirante: “escandalosa y expansiva en el maniaco, rencorosa en el epiléptico, disimulada en el esquizofrénico y más acusada y activa en el paranoico”.

Parte de la descripción que José Ingenieros hace del “hombre mediocre”, le cae en cierta forma al ignorante adinerado, pues “hace mal por imprevisión o inconsciencia como los niños que matan gorriones a pedradas; traiciona por descuido; compromete por distracción. Es incapaz de guardar un secreto. A fuerza de paciencia puede adquirir alguna habilidad parcial. Es feligrés de la palabra; no asciende a la idea, ni concibe el ideal. Su mayor ingenio es siempre verbal y solo llega al chascarrillo; tiembla ante los que pueden jugar con las ideas y producir esa gracia del espíritu que es la paradoja. Desgraciadamente puede olvidar su inferior jerarquía y pretende tomar la zampoña con la irrisoria pretensión de sus desafinamientos; clava los dientes en toda reputación que lo humilla; mide su generosidad por las ventajas que de ella obtiene; no afirma pero insinúa; miente con espontaneidad como respira; no respeta los secretos del hogar, nada; es audaz en la traición y tímido en la lealtad; conspira y agrede en la sombra, todo apetito numulario despierta su acucia y le empuja a descubrirse; prospera a fuerza de marañas, triunfa sobre los sinceros toda vez que el triunfo estriba en actitudes viles; el hombre leal es con frecuencia su víctima...”

La naturaleza lo dotó de habilidad para lo que en los países andinos conocemos como la cunda, la mecida y la cachita; para poner apodos, ser dicharachero, refranero y adulador, para manejar el chascarrillo y el falsete. Es víctima, no obstante, de sus propios hábitos vitales, aunque hay autores como Landmann, que sostienen que el hombre no está ya sometido a la tiranía de los hábitos vitales que atan a la especie “porque él mismo determina sus

costumbres”. Su conducta es de por sí un chiste, pues le hace feliz enterarse que los demás celebran sus vulgares ocurrencias.

Ebrio rememora con frecuencia su procedencia humilde y llora desconsoladamente bajo tragos, hasta que recuerda que tiene más dinero que otros y solo se consuela. Ese es su *detritus*. Simula poseer talento y se ufana de tener buen nombre y a veces de grandezas pretéritas inexistentes, recurriendo a conceptos huachafos sobre alcurnia que felizmente ya han sido superados.

Confunde amor con aprecio y como enamorado se cree insuperable. Pero generalmente no sabe amar, porque, como expresaba Ingenieros “el hombre que es incapaz de alentar nobles pasiones esquivo el amor como si fuera un abismo”.

Cuando una persona le gusta apela a su melomanía y ensaya frente al espejo mil poses y sonrisas coquetas de convencimiento; en él el machismo es un síndrome que abarca la más desafortunada brutalidad. Claro no puede pedírsele que sea tierno y gentil, y que purifique sus pasiones y afectos naturales por el don de la sabiduría, pero se da su lado y lo demuestra. A la hora de la verdad, presumido de valor se lanza al ruedo con el mejor recurso: su dinero, que es el *corpus Instrumentorum* de todas sus faenas. Desliza con astucia sus mejores adjetivos, y triunfa generalmente sobre la necesidad, la urgencia de recursos y la ingenuidad ajena.

Federico More, con su patibularia lógica decía: “si es admirable el abogado – mejor el jurista – que ama y defiende el derecho y en él se encuentran las más puras expresiones de la razón y la justicia, es para ahorcarlo al abogado que inventó los pleitos, generalmente llamado y bien llamado leguleyo o tinterillo. Si es digno de reverencia el médico que cumple heroicamente su papel de proteger un poco el nacer, ayudar un poco a vivir, evitar un poco el morir, merece cuatro tiros por la espalda el medicastro lavador de uretras, proveedor de específicos no dosificados y que no se cansa de pedir análisis, electrocardiogramas, radiografías y otra laya de martingalas, quimicofisicofotográficas, para terminar aconsejando la operación, todo esto de acuerdo con laboratoristas, con cirujanos, con radiólogos y con otras águilas de parecido vuelo y no sería raro de acuerdo también con las casas de pompas fúnebres. Aunque a la verdad a esa caterva de envenenadores, le conviene que vivan los enfermos ricos; que vivan de cualquier modo pero que vivan.”

Parafraseando su análisis, habría que agregar que si bien es digno de elogio el hombre que con su esfuerzo de años accede a mejores posibilidades de vida, sin avergonzarse de su origen, y triunfa sin egoísmo ni mezquindades sobre el oprobio o la fatalidad, alcanzando conquistas materiales y espirituales y una posición expectante y digna dentro de su sociedad, merece un trato distinto el ignorante amasador de fortuna que con tenacidad morbosa y voluptuosa, se enriquece, y una vez enriquecido se convierte en un ladino.

A su "escuela económica" y actitud moral mercantilista acude el *laissez faire*, como el principio económico de mejor perspectiva, pero sólo cuando le conviene.

II. EL DESORDEN Y LA INFORMALIDAD DEL IGNORANTE OPULENTO

Para el ignorante con dinero, con hábitos mentales característicos y una escala incipiente de valores, no siempre posee importancia que ningún Código de conducta articulado o inarticulado, sostenga como un concepto ético, que la conducta moral se rige por deberes y derechos fijados por normas, y que las relaciones morales consisten en el ejercicio de esos mismos deberes y derechos determinados, porque no depende de ese ethos, y el dinero es su imperio moral insustituible, su epifonema.

Es que es desordenado e informal por predisposición. El desorden y la informalidad son los conceptos intelectuales más prevalecientes de su contorno y su dintorno, por los que se suele incluso autocongratular. Le son indiferentes los términos derecho, deber, agravio, delito. Su desprecio a los conceptos es patético.

Son para él un “estar ahí” que no interesa, y en consecuencia no se tortura en definiciones o clasificaciones puramente intelectuales. Su personalidad es

compleja e impredecible, y por esa circunstancia, su conducta social, que no capta diferencias, se pervierte. No sabe distinguir “lo que es”, de “lo que debe ser”. Por eso es un competidor desleal nato.

Para él no es más importante la moral que la ley o la ley que la moral. En realidad el significado de “importante” con relación a esos valores, no está en él muy claro, porque en exclusiva, en su economía negra o marginal, esa acepción se la asigna a su dinero. Después de esa prelación ordinal descienden en importancia su madre, su padre, su mujer y sus hijos (los de su casa y los de la calle). Pero en el mismo escalón de su dinero, está su negocio, que no necesariamente, y dada su propensión al delito, es moral o legalmente admisible.

El ignorante opulento es parte de nuestro folklore. O sea etno antropológicamente de nuestra cultura. Nuestra sociedad está llena de ellos. Imponen sus condiciones a través de todo el espectro de la actividad económica del mundo y manejan nuestras instituciones tutelares. Podría decirse que constituyen un peligro, porque axiológicamente pueden apreciar el más y menos de la vida, pero pocas veces distinguen lo mejor de lo peor.

Y es que el típico ignorante opulento, es egoísta, salvaje e inhumano. Se preocupa por sí mismo, pero no por los demás. Aquello del “servicio al prójimo” es para él un invento ingenuo de la cucufatería hipócrita. Pero más hipócrita es él que sólo le interesa ser visto, alabado y recompensado.

III. UN NUEVO LENGUAJE Y UNA NUEVA CONDUCTA PARA LA IGNORANCIA

El ignorante opulento posee un lenguaje y una conducta, que no se han generado por evolución, a partir de un conocimiento anterior capaz de filtrarse gradualmente de un estado a otro. De ambos conceptos se ha apropiado respectivamente de manera suave e involuntaria, en contra de su propia lógica, aportando en su vida personal y en su trato comercial una jerga neologista para el convencimiento.

Alguien decía que el lenguaje como cultura es una especie de receptáculo en donde se conservan las adquisiciones de la inteligencia creada por nuestros ascendientes; pero la del ignorante adinerado es una cultura episódica creada por su incultura. Y ahí reside su peculiaridad social. La lleva consigo como la epiglotis y se sirve de ella. Es un ser cultural e incultural a la vez.

Posee un lenguaje que no necesariamente ha sido estimulado por sus ascendientes y un nuevo idioma para celebrar su violentismo a toda forma

regular, oficial y oficiosa. Pero tiene dinero y eso en esta sociedad hipócrita y materialista tiene su ventaja. Y él sabe que esa es su ventaja y la aprovecha. Socio de todos los clubs exclusivos, fundador de organizaciones, instituciones fantasmas, organizador de eventos de distinta laya, es amigo íntimo del Presidente, del Ministro, del Alcalde, del Gobernador, del Juez de paz, del Comandante de puesto, del policía de la esquina y del prefecto. Con ellos se reúne y emborracha derrochando su erario para impresionarlos; les habla de “tu”, los invita a comer, festeja sus onomásticos, les envía regalitos y promueve compadrazgos. Siempre hay algo o alguien a quien bautizar y eso se llama “Relaciones Publicas”, aunque de manera absolutamente informal y subliminal.

En su relicario de máximas y consignas hay un lenguaje inequívoco y una conducta artificial y desdeñosa por conocer. Y aquí para captar el significado del fenómeno, podríamos reproducir lo que Alejandro Ferreiros escribió en un periódico nacional:

“El psicoanálisis atribuye al dinero simbolismos diversos. El más conocido es el de significados relacionados con las llamadas funciones excretoras, o sea la caca. Si bien esta interpretación escatológica del dinero puede resultar desconcertante, desde antes es conocido el cuento infantil del asno que transformaba la alfalfa, por vía digestiva, en monedas de oro o aquel de los guisantes mágicos y la gallina de los huevos de oro. En la región del inconsciente, las heces tienen un valor afectivo que no siempre coincide con las actitudes conscientes de asco y repulsión con que adornan los adultos. La avaricia, por ejemplo, estaría relacionada con fijaciones anal retentivas, que

quiere decir algo así como “estreñimiento mental”, en la que la experiencia de acumular y retener provee al ahorrista de poder y control sobre los demás, un poco como al niño que se trata de enseñarle a que no se la haga en cualquier parte ni situación. Actitudes sociales extendidas en esa misma dirección se encuentran cuando se identifican plata y suciedad, o cuando se escucha decir cosas como que no se habla de plata en la mesa o que fulanita tiene plata como mierda, por ejemplo. Una historia que puede ilustrar la complejidad psicológica es aquella del ganador de una lotería que lo convertiría en millonario repentino: no se le ocurre mejor idea que despedirse de su vida de pobre prendiendo fuego a su modesta vivienda. Sólo que se olvidó sacar el boleto de la casa antes de arrojar el fosforito, cuando se dio cuenta ya era tarde y todo era humo. No pudo soportar su desatino y se suicidó”.

IV. MUDUS OPERANDI COMERCIAL DEL IGNORANTE OPULENTO

El ignorante con dinero cree ser ilusamente un águila dentro de la variada zoología de este mundo, pero no lo es, ni tiene alas para volar otras alturas más altas que las de su oscuro y tenebroso hábitat, de donde prefiere no salir, pues como la luciérnaga necesita de la oscuridad para brillar.

Posee libretas de ahorros y Cuentas Corrientes en todos los Bancos, Cajas de Ahorro y préstamo e Institutos de dinero y créditos existentes, y le agrada presumir que por sus recursos disfruta de la preferencia – interesada se entiende – de funcionarios corruptos y veleidosos encargados de autorizar sus préstamos, sobregiros y descuentos de letras, a los que suele gratificar con frecuentes regalos y comidas de agradecimiento en donde el licor abunda y el amigazgo querendón, pero coimero fructifica.

Es un insaciable beneficiario de ese *modus operandi* comercial y se da el lujo de creer, y hacer creer a otros que es necesario dentro del esquema, aunque

actuando bajo la desconsoladora paradoja de ser solamente por su dinero respetado.

En una economía en crisis, en donde las remuneraciones permanentemente se deterioran, es decir que con ellas se puede comprar cada vez menos, y en donde existe una creciente desocupación y subempleo, la cultura vendabólica del dinero impone sus condiciones y el ignorante se asimila a ella a su manera, y termina siendo su más controvertido y audaz protagonista.

Este no es un trabajo de ética funcional o una Deontología de la Moral, como para abordar esos extremos pero, podríamos decir que no se trata de inventar un mundo diferente de pusilánimes y sumisos para solucionar los problemas, sino de alentar a los hombres para que sean auténticos, pero sin dañar o perjudicar a sus semejantes.

Hasta la saciedad se ha dicho que el amor, el conocimiento y la inteligencia, el autodomínio y la compasión son elementos fundamentales para producir una vida en ese sentido; pero el ignorante con dinero, que como sujeto económico se modela a sí mismo, desconoce esos valores por su malevolencia activa y porque su *mudus operandi* no le da cabida al razonamiento magnánimo.

Por eso es que, para obtener un mayor lucro hay quien entrega hábilmente dinero a préstamo con intereses usureros, explotando el estado de necesidad, inexperiencia o debilidad ajena o se embarca por sí solo o asociado con otros y de manera formal o informal, en mil experiencias de orden empresarial,

comercial, para las cuales movilizan a individuos de diferentes clases y recursos. De ahí la gran diversidad de ignorantes opulentos que existen en el mundo, y las jerarquías que ellos instituyen, según los negocios que con desesperación utilitaria promueven.

Este estudio ha permitido confirmar que el ignorante opulento ha incursionado, legal e ilegalmente, en casi todas las actividades económicas de la clasificación Industrial Internacional Uniforme, a través de sus nueve grandes divisiones establecidas en el mundo: en agricultura, caza, silvicultura y pesca; explotación de minas y canteras, industrias manufactureras, gas y agua, construcción; comercio al por mayor y al por menor; restaurantes y hoteles; transportes, almacenamiento y comunicaciones; seguros, bienes inmuebles y servicios prestados a las empresas, servicios comunales y personales de saneamiento, diversión, esparcimiento, reparaciones y otras actividades no bien especificadas.

Erich Schneider dice que en cuanto prestador de aportaciones al proceso productivo, cada sujeto económico es un sujeto de adquisición de renta y que en cuanto consumidor de bienes, se convierte en sujeto de aplicación de renta y que la manera en que la adquirirá depende de su plan económico. Según la clase de plan, podemos hacer una distinción entre Empresarios y no Empresarios. Estos adquieren una renta mediante aportaciones al proceso productivo contra una contraprestación fijada, venden a otras unidades económicas la utilización de su fuerza de trabajo o la de su propiedad de tierra, bienes materiales y las sumas de dinero, a cambio de una retribución fija;

mientras que aquellos dirigen la explotación del proceso productivo a su cuenta y riesgo; compran y venden a otras unidades económicas (Empresarios y no Empresarios) bienes materiales y prestaciones de servicios y los productos obtenidos por combinación de medios propios y ajenos con el fin de obtener una renta.

El ignorante opulento es un no Empresario y un Empresario a la vez, pero no se interesa en teorizar sobre las formas de mercado o en descifrar las teorías de la coyuntura o la circulación económica. Sus teorías implícitas son las del dinero y del precio, por su descarada y vulgarizada monetarización.

La usura, la confusión, la denigración, la imitación, la explotación de la reputación ajena, el robo descarado en el peso, en calidad y en el precio de la mercadería, las ventas con engaño, la invulnerabilidad e indiferencia ante el dolor ajeno son sus constantes, elevando la estafa a la condición de instrumento financiero.

Un poco panfletario, pero con algo de razón Lisandro Luna, describió por eso Al amasador de fortuna como un "Parasito Humano" y decía de él que vive apocalíptico "como el piojo succionando la economía ajena. Su bulimia de dinero y de ganancias no tiene meta ni medida. Ganar, ganar más y siempre más, es su lema. Lo cumple fríamente. Y para cumplirlo todo lo sacrifica. Vende su alma al diablo, anula la voz de su conciencia y se entrega a las orgias del robo más descarado en las ventas que realiza. Es capaz de sacrificar lo más sagrado ante su dios (con minúscula), el dinero. El dios maldito de todo

mercader desalmado. Carece de conciencia, de dignidad y de escrúpulos. Es una fiera metalizada. Devora todo lo que está al alcance de sus fauces voraces. A la postre, se auto devora. Es un esclavo del dinero. Insensible a todo, consagra su malvada existencia sólo a acumular riquezas. A amasar fortuna.”

V. EL IGNORANTE CON DINERO Y LA POLÍTICA

Todo ignorante opulento cazurro y aventurero, lleva por aquello de la gratitud de la aventura, a un político frustrado y estentóreo en sus adentros. Su “vocación política” está íntimamente ligada a su fascinación por el poder, pues sabe – por instinto – que es posible acceder a esa posibilidad para “manejar”, “conducir” o “ignorar” a los demás; y entonces el ser “autoridad” o “dirigente” y distinguirse aunque sea elementalmente, se convierte en su fantasía intelectual más atractiva.

Aristóteles, definido por Bertrand Russell como “un pedante aburrido”, a pesar de que elogiaba a los escolásticos, decía que algunos seres, desde que nacen, están destinados, unos a obedecer, otros a mandar; y que la autoridad se enaltece o se mejora tanto cuando lo hacen los seres que la ejercen o a quienes rige.

El ignorante adinerado puede tener mando (aunque haya nacido para ser “mandado”), y posiblemente tiene derecho a frecuentar el territorio de la

política, pero desgraciadamente ésta (a quien Platón acusaba de haber sido transformada por la democracia en un arte criminal), y debería servir virtuosamente al pueblo y la sociedad, como arte y manifestación cultural, ha sido bastardizada por aventureros y viles sin ninguna calidad humana ni especialización o planificación inteligente. De manera que bajo su diafragma cualquiera no puede ni debe transitar (aunque se diga que todos los actos sociales – incluso los del ignorante – poseen de alguna manera concomitancia política).

Sólo un hombre culto, honesto, que sabe captar y valorar consejos, puede ser un político ejemplar, pero acontece que la política, a quien debe reconocérsele un valor social muy grande, ha sido vulgarizada por “políticos” científicamente ignorantes y advenedizos sin ideología (aunque hay estudiosos, como Kelsen, que cree que la ideología cubre la realidad sea transfigurándola para defenderla y asegurar su conservación, sea desfigurándola para atacarla, destruirla y reemplazarla por otra y que todas las ideologías emanan de la voluntad y no del conocimiento), y basta tener dinero para pretender y acceder a un cargo político, convirtiendo la política en un tráfico prostibulario de influencias, mentiras, arribismos, transfuguismos y luchas subterráneas. Por eso que a ella postulan con frecuencia los eternos candidatos que pueden financiar campañas millonarias de promoción publicitaria; y el ignorante con dinero (que como dijera Lisandro Luna “brota de los pantanos de la política criolla, como brotan los gusanos de los estercoleros”), termina de senador, o diputado, o congresista; de alcalde, de gobernador, de juez o de prefecto.) Esa

es una realidad muy común en todo el continente Americano y fundamentalmente en Latinoamérica.

Pero ningún futuro asegurado puede tener un pueblo o una Nación, con ignorantes egoístas y estrábicos manejando su destino.

Qué podría aportar intelectualmente un ignorante con su oratoria del cinismo cuando escucha por ejemplo de las bruscas caídas de las tasas de crecimiento o de los altos déficit de las cuentas corrientes de los balances de pago; cual sería su posición frente al agravamiento de las situaciones sociales y fiscales y de los déficit presupuestarios de un ciclo depresivo; cuál su aporte a una democracia anémica, si sólo busca la mengua y el descrédito del opositor político; cómo podría entender la política como un valor social si su talento para el mal es infinito, y su falta de reflexión entorpece su vida.

Un hombre que dentro de una cultura radicalmente cínica defiende una opinión, en este caso política, que por la indudable frialdad de sus afectos le tiene sin cuidado, es un farsante, como decía Ortega y Gasset, y ese es el calificativo que tiene que endilgársele al ignorante con dinero que incursiona en el canibalismo político, porque no se da en su ámbito una correspondencia entre el gesto y el espíritu, induciendo a una corriente subterránea, que en política se repudia por farisaica.

Precisamente porque es farsante, y porque como buen aventurero no cree en nada formal ni tiene una orientación concreta, cuando ingresa a la política, un

día sirve a unos y otro los traiciona y sirve a otros, estimulado por su gran codicia e inverecundia, siendo muy sospechosa su tranquilidad de conciencia. Y al final cuando lo investigan, desliza su afirmación de que “quien no la debe no la teme”.

Es en ese estado en donde se deprime y afirma que no lo aprecian como él cree que se merece, y siente que su imagen social va perdiendo brillo en comparación con el incomunicable universo interior que él solo ha fabricado.

Su “escuela” política está habitada por la mediocridad y el egoísmo, por eso en su particular modo de ver las cosas; el derecho es una organización sometida a la “fuerza” de las influencias, desconociendo adrede, que una cosa es responsabilidad jurídica y otra la obligación jurídica: que la primera puede relacionarse con la conducta de otro y la sanción; en tanto que la obligación siempre tiene por objeto la conducta de la persona obligada.

Para el ignorante opulento, la aseveración Kelsiana de que “la sociedad es un orden que regula la conducta de los hombres” funciona para los demás, jamás para él; el sistema coacta cualquier modo de promoción social, menos la suya (como Ulises está protegido por la diosa de los ojos de lechuza).

Su aliadofilia tiene un solo nombre: el dinero, que satisface todas sus empíricas tendencias, y con el que da de comer al cocodrilo en el que suele transformarse su ignorancia.

VI. LA HIPOCRESÍA TEOLÓGICA Y TELEOLÓGICA DEL IGNORANTE

Para el ignorante opulento, Dios existe pero sólo porque supone que gracias a su intercesión ha amasado la fortuna que disfruta. Es decir, Dios ha sido pintado por él a partir de su propio beneplácito y aunque se ha enterado que la falla humana más grande es el pecado, peca por defecto y por exceso, aventurándose en temerarias concupiscencias de las que puritano se arrepiente, revelándose violentamente contra todo castigo de la divinidad, como diría Ingenieros. Su malsanidad está inquietada por escrúpulos que le obligan a avergonzarse en secreto.”Atafagado por preceptos que entiende mal, su moralidad parece un pelele hueco; por eso para conducirse, necesita la muleta de alguna religión. Prefiere las que afirman la existencia del purgatorio y ofrece redimir las culpas por dinero. Esa aritmética de ultratumba le permite disfrutar más tranquilamente los beneficios de la hipocresía; su religión es una actitud – una divertida panoplia – y no un sentimiento. Por eso suele exagerarla; es fanático”.

Católico, evangelista, mormón, luterano, calvinista, wesleyano, anglicano, congregacional, pentecostal, israelita, budista, bautista, metodista o testigo de Jehová, es un “conmitón de Dios”. Acude puntualmente a sus reuniones religiosas, para que lo reconozcan y distingan, pero en realidad esas ceremonias lo atormentan. No ve la hora de que acaben, y mientras transcurren aprovecha el tiempo para chismosear sobre la feligresía y admirar lujurioso el trasero de las féminas.

El más idolatra y fetichista de todos, carga “detentes” y “estampas” de Santos, Vírgenes y castos querubines milagrosos en el bolsillo, dizque para que mejoren su suerte y lo preserven de toda adversidad; le tiene un terror aqueróntico al infierno y todos los años, desciende de su Olimpo de fetiches y se pone “hábitos” de señores milagrosos, reproducciones pictográficas y esculturales de Cristos crucificados, que como el becerro de oro de los idólatras antiguos, son sacados en procesión solemne por las principales calles. El ignorante opulento no se pierde un “avancen hermanos”, colabora en medio de la multitud, y de paso, aunque parezca increíble, aprovecha para dar rienda suelta a su lascivia.

Siempre espera un favor de lo alto, pero a la manera pillezca de los cruzados medioevales, enarbola su lábaro santo, jura, perjura y blasfema.

Depende más del destino que de su propia voluntad, pero no entra en disquisiciones canónicas ni curialescas; ni en las elucubraciones de las

doctrinas de todas las layas, ni es depositario de ninguna dogmática; rábula gitana con la religión sólo para satisfacer su teogenética vanidad.

La iglesia es una plaza pública llena de charlatanes, y entonces charlatanea con todos para sentirse en familia. En realidad lo único que hace, es volverse sobre sí mismo, aunque no es ejemplo de nadie, y su ostentación alcanza casi siempre el enanismo del ridículo.

Como Proudhon podríamos inferir que “en lugar de averiguar en el análisis de los fenómenos la razón de las cosas y criticar mediante reiteradas observaciones sus primeros datos y rectificar sus juicios, actúa, resuelve, concluye y juega, sin notarlo, el fallo del destino que adora; y se circunda de nidos, fabulas y misterio”.

El cree que en la religión funciona también la ley de la oferta y la demanda, lo que desde ya es un precepto mercenario que linda con lo absurdo. Quizás por actitudes como esa, Diderot sentenciaba: “ese cuerpo se pudre, esa sangre fermenta. Ese Dios es devorado por su propio altar, pueblo imbécil, pueblo ciego, abre los ojos”.

Necrófago y supersticioso por tradición, rinde una especie de culto nigérrimo a los muertos: en todos los velorios parece conmovearse en el misterio de los viejos panteones que visita como un rito pagano para conmemorar el nacimiento o la muerte de sus seres queridos que ahí moran, a los que pide

favores en la creencia vana que escucharán sus clamores. Y esa misma conducta la proyecta a todos los actos de su vida.

El más curioso ignorante opulento, es el que en las fiestas religiosas y báquicas de los pueblos andinos recibe el cargo anual de “mayordomo” (o carguyoc): durante ocho días derrocha su fortuna en corridas de toros, presentaciones artísticas, orquestas, comidas y bebidas para la gente, y pago de derechos eclesiásticos extraordinarios, con la finalidad de demostrar su poderío económico, ridiculizar a los “mayordomos” de años anteriores, y alcanzar figuración. Su generosidad no es gratuita ni responde a estímulos altruistas.

El ignorante adinerado es prácticamente el promotor de la teología del egoísmo. Su visión de Dios es vana y pasajera, al punto de que en su supersticiosa demencia, cree que el Hacedor está absurdamente a su servicio y no él al servicio del Creador. Mas su esperanza no está en Dios, sino en las riquezas.

Como nunca lee, no sabe qué doctrina respaldar y sostener. Su aparente religiosidad y los conceptos sobre perdón, arrepentimiento, salvación eterna, cielo o eternidad, le son indiferentes. “La vida es una sola y hay que gozarla”, dice, sin importarle en realidad la moral religiosa, cuando ésta pone en tela de juicio su actuación pública; y su corazón, todo él, apunta a un materialismo que en la práctica niega al Dios que dice amar, y lo vuelve amador de sí mismo, avaro, vanaglorioso, soberbio, blasfemo, ingrato, impío, sin afecto natural, implacable, calumniador, intemperante, cruel, aborrecedor de lo bueno, traidor,

impetuoso, infatuado, amante de los deleites más que de Dios, y como dice la Biblia en Timoteo 3: 1-5, aparece como una “apariencia de piedad”, pero niega la eficacia de ella”.

Por eso para él, más lindo es recibir que dar. Y cuando da, lo piensa mil veces, calculando el beneficio que recibirá en vía de regreso. Cuando le dicen por ejemplo que el pagar diezmos y ofrendas es un mandamiento con promesa, se hace el desentendido y prefiere no entender la validez del mensaje. “Eso fue escrito para otros tiempos”, alega; y cuando calcula que es necesario aparecer generoso, paga en presencia de otros para que crean que es bueno, y en privado se lamenta de su egreso.

Cuando quiere un milagro, no duda en ponerle condiciones a Dios. “Si me saco la lotería te doy la mitad”, le dice, sin empacho, no entendiéndolo por qué le pasan tantas cosas creyéndose bueno. Ha escuchado que el peor pecado es el de fornicación “porque el que fornicación contra su propio cuerpo peca” (I Corintios 6: 18), pero es un fornicario convicto e incurable. Y cuando alguien lo quiere amonestar, se da por ofendido y necio e insensato se cambia a otra congregación menos exigente o a donde amontonan maestros conforme a sus propias concupiscencias, apartan de la verdad el oído o se vuelven a las fábulas.

En su corazón impío y falto de mansedumbre sólo engendra contiendas e inmundicias, porque de la abundancia del corazón habla su boca. Como es

ignorante, se deja llevar por todo viento de doctrina y por estratagemas de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.

Como Sodoma, publica su pecado, no lo disimula (Isaías 3: 9) y anda con cuello erguido y ojos desvergonzados (Isaías 3: 16). Está lleno de ídolos de plata y oro, sus tesoros no tienen fin; y se arrodilla ante la obra de sus manos y ante lo que fabricaron sus dedos (Isaías 2: 7-8). Como dice la escritura: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones mina y hurtan. Sino haceros tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6: 19-21); pero al ignorante opulento sólo le interesa enriquecerse. La riqueza es su dios tutelar y en ella está puesto su corazón.

Como dice Job (21: 7 a 16): ¿Por qué viven los impíos, / Y se envejecen, y aun creen en riquezas? / Su descendencia se robustece a su vista, / Y sus renuevos están delante de sus ojos. / Sus casas están a salvo de temor, / Ni viene azote de Dios sobre ellos. / Sus toros engendran y no fallan; / Paren sus vacas, y no malogran su cría. / Salen sus pequeñuelos como manada, / Y sus hijos andan saltando. / Al son de tamboril y de citara saltan, / Y en paz descenden al Seol. / Dicen, pues, a Dios: apártate de nosotros, / Porque no queremos el conocimiento de tus caminos. / ¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos? / ¿Y de que nos aprovechara que oremos a él? / He aquí que su bien no está en mano de ello. / El consejo de los impíos lejos esté de mí”; pero en la misma escritura bíblica se condensa dramáticamente la respuesta (Job 20: 14, 15, 16 a 27): “Hiel de áspides será dentro de él. / Devoró riquezas,

pero las vomitará; / De su vientre las sacará Dios. / Restituirá el trabajo conforme a los viene que tomó / Y no los tragara ni gozara. / Por cuanto quebrantó y desamparó a los pobres, / Robo casas, y no las edificó; / Por tanto no tendrá sosiego en su vientre, / Ni salvará nada de lo que codiciaba. / No quedó nada que no comiese; / Por tanto su bienestar no será duradero. / En el colmo de su abundancia padecerá estrechez; / Las manos de todos los malvados vendrán sobre él. / Cuando se pusiere a llenar su vientre, / Dios enviará sobre él el ardor de su ira, / Y la hará llover sobre él y su comida... / Todas las tinieblas están reservadas para sus tesoros; / Fuego no atizado los consumirá; / Devorará lo que quede en su tienda. / Los cielos descubrirán su iniquidad, / Y la tierra se levantará contra él.

Pero se puede engañar a la gente un tiempo. Pero no toda la vida. Sobre todo cuando se toma la piedad como fuente de ganancia (I Timoteo 6: 5). Por eso, el ignorante opulento, encarga con frecuencia las cosas que le pueden generar anticuerpos a sus allegados y él asume las que le dan un buen perfil. No importa que otros se quemen, lo importante es que él no se desgaste; y entonces busca a especialistas o simplemente a dateros del periodismo para que lo promocionen a cambio de propinas miserables.

Los más exquisitos contratan a alguien que evalúe su posicionamiento e imagen entre los medios de comunicación y defina sus tendencias positivas o negativas, sus debilidades y fortalezas, dizque para corregirlas; y en tanto es “evaluado”, impulsa como un loco la divulgación de sus actividades, no tanto para hacer creer que supuestamente es competente, sino como parte de una

estrategia para un salto mayor que le redite mayores ganancias. Y cuando hay que sacar de la vereda a sus competidores, no duda en destruir sus honras y reputaciones, valiéndose de esa misma retahíla voraz de incondicionales que se plegan a él por necesidad o juerguismo. Todos y nadie le son fieles a la vez, pues dado su espíritu maromero, cuando deja de contar con ellos, se vuelven en su contra y lo destrozan porque conocen sus intimidades.

Eso explica porque para el ignorante con plata, todos resultan sospechosos. Todos. Y en ese mismo saco son puestos sus padres, sus hermanos, su mujer, sus hijos, sus familiares lejanos y cercanos y sus concubinas (o sus maridos), que de confidentes pasan a ser potenciales adversarios y lo traicionan.

Su afecto natural se convierte en resentimiento, y como para el ignorante se es amigo o se es enemigo así lo declara, mientras recurre a terceros para que los hagan desistir con amenazas, de sus actitudes. Cuando es “amigo”, aunque se duda que pueda serlo, es cariñoso, invitador y zalamero, mientras el recipiendario de sus afectos distinguidos le sirva. Cuando es enemigo, al otro le espera la desgracia, porque no se detendrá hasta verlo horizontal y lánguido en un mísero ataúd, pues, aunque parezca exagerado, el ignorante opulento no conoce el límite invisible entre el bien y el mal.

Maquiavelo insinuaba que hay tres especies de cerebros: Unos que entienden por sí mismos, los segundos que discernen lo que otros entienden, y los terceros no entienden por sí mismos ni por otros. Los primeros son excelentísimos, los segundos excelentes, los terceros inútiles, El cerebro del

ignorante no entiende por sí mismo ni por otros las cosas espirituales, pero entiende extraña y sospechosamente, todo lo que tiene que ver con su riqueza y su fortuna.

Sin embargo, no puede contarse con sus determinaciones, porque lo que hace un día con la mano derecha, lo destruye al otro con la izquierda. El autor de “Las Decenales” y “Sobre el arte de la guerra” argüía que “los hombres siempre son malos, si no son buenos por necesidad”.

CAPÍTULO TERCERO

FENOMENOLOGÍA DE LA IGNORANCIA

I. LA IGNORANCIA A PARTIR DE LA RAZA

Del ignorante opulento podríamos decir lo mismo que, independientemente de la polémica que alimentó, decía Enrique López Albújar del indio (Amauta, Diciembre 1926, Nro. 4. Lima – Perú): es solícito en los negocios propios y descuidado con los ajenos, es exacto y duro en el cobro y tardo y socarrón en el pago, su culto es superstición y sólo lo aprecia por el número de fiestas que motiva o los placeres materiales que le procura; no sabe dar pero si pedir y cuando da, da poco y en cambio pide mucho; no se casa por amor sino por calculo; al regalar vende, al vender escatima; cuando comete un crimen lo niega en el Juzgado, pero una vez libre de la cárcel lo confiesa, lo grita y se jacta de él orgullosamente olvidando que en ese hecho puso más traición que valentía; se hace repetir siempre la pregunta del juez para darse tiempo en la respuesta; como desdeña la honra, pues le basta su propia estimación, no tiene escrúpulo en negociar con el agravio; cuando cobra dos y dos son tres, cuando paga dos y dos son cinco; como delincuente es insuperable en la

coartada y abrumador en las citas, en la confesión impenetrable como un erizo, y simula diestramente el papel de víctima; su vida es un combate desde que nace hasta que muere. Lucha a brazo con la naturaleza, con su vecino, con la autoridad, con el gamonal, con el enganchador, con el juez de paz, con el cura, con el gendarme y hasta con la mujer que desea, pues para él el amor es pleito y la posesión acto de violencia; roba si puede pero no perdona al ladrón, es inhospitalario y tiene el orgullo de no necesitar de los demás; como caminante prefiere la línea recta, pero en la vida todo lo hace tortuosamente. Por eso es difícil saber que quiere y donde va; cuando besa una mano es cuando más cerca está de morderla; cuando roba sonrío y se torna zorro para despistar; cuando le roban ruge y se torna perro para descubrir; al regalar vende, al vender escatima, es sobrio en su mesa y voraz en la ajena; no conoce la miseria porque le sobra todo; la muerte de su hijo la festeja una semana, riendo y bebiendo, chacchando y bailando; la de su vaca lo exaspera, lo entenebrece y lo hace llorar un mes y lamentarse un año; una vez que ha aprendido a leer y escribir menosprecia y explota a su raza. Indio letrado, indio renegado; si viaja por su cuenta todo es cuesta abajo; por la ajena todo es cuesta arriba, su impasibilidad ante el peligro asombra. Podría creerse temeridad y sólo es indolencia. Por eso antes de mejorar la senda que trafica prefiere rodear por un abismo cincuenta años; recibe con hipócrita complacencia lo que le dan, aunque en el fondo lo desprecia por sentirse mancillado, y codicia hasta el crimen lo que le niegan o no puede conseguir honradamente; tiene una idea mezquina del bien y una muy exagerada del mal; la vida no es para él ni bien ni mal: es una triste realidad; sólo es tímido; acompañado audaz. Necesita del contacto de la banda para vibrar y de la voz del jefe para embestir. Y cuando

embiste es feroz, vandálico, incontenible. Su valor colectivo es mastodóntico. Su gran amor por la tierra. Por defender el más ínfimo pedazo gasta imperturbable su fortuna; pero no en obsequio a su derecho sino en odio a su contrincante, y antes de ver su propiedad en manos de éste prefiere verla en manos de su defensor; como testigo es poco o nada fehaciente, aunque sin quererlo. Ve de golpe el cuadro o el asunto, pero no los detalles. Puede dar razón del delincuente, pero no describirlo. Al declarar libran en su conciencia una batalla la verdad y la mentira, y cuando aquello vence nunca la dice toda entera. Es un gran amoroso de la tierra y un gran adorador del terruño. Es pues, un patriota, aunque su patriotismo es de un radio tan pequeño que no pasa del círculo de su comunidad o de su pueblo. Parece débil y quebradizo y tiene la flexibilidad del junco, la elasticidad del puma, la resistencia y sobriedad del camello y la fuerza nerviosa del cóndor: como Juez de Paz desdeña nuestra justicia y está pronto a dársela a quien mejor le pague. Trabaja con amor por cuenta propia y con odio por lo ajeno. En el matrimonio comienza casi siempre por el fin y acaba por el principio. Primero posee y después conviene; si la mujer le sale buena siente la satisfacción de haber hecho un buen negocio; si mala, rumia a solas la vergüenza de su desacierto y se limita a pedirle a la brutalidad de sus puños lo que la sabiduría de la coca no quiere darle”.

Hay una coincidencia evidente de adjetivos para *mutatis mutandi* aplicar, pero la ignorancia no es patrimonio de una raza específica, pues científicamente como anota Luis Alberto Sánchez, no está probado que haya razas inferiores ni superiores, aunque exista quienes rebajan su nivel moral; y ni siquiera de

alguna clase o estrato social hegemónico o subalterno, sino una negación de la inteligencia humana en general (y por interpretación extensiva con la divina, con la que la ignorancia suele guardar intensa enemistad).

En tal sentido todo puede esperarse de esa negación. Si en la inteligencia se da un principio de síntesis y otro de continuidad, en la desinteligencia esos dos puntos de apoyo que dan trabajo a la imaginación creadora despojando a la realidad de todo lo malo, se bifurcan. El concepto de la perfección emana de la verdad que los hombres le adjudican.

Etnólogos como el austriaco Hugo Bernatzitz, han sostenido que existen pueblos o razas inferiores, porque sus hombres no tienen aptitud para el saber o la cultura, y que su misma constitución orgánica y psíquica le hacen irredimibles en esa inaptitud fundamental. Pero ese criterio topino y remendón, angosto y aldeano, ha sido superado. No existe indicio alguno que permita presumir que ningún grupo humano pueda considerarse incapaz de adquirir la cultura de la comunidad en el seno de la cual vive.

Pedro Caba relata cómo en el siglo XV antes de J. C. los egipcios, observando que los griegos no habían rendido culturalmente como pueblo, calificaron a estos como ineptos. Grecia tuvo a Roma, como arrabal. Los Romanos, toscos e indisciplinados no accedían a la cultura, más cuando Grecia decayó, Roma se convirtió en protagonista intelectual con una Atenas y una Grecia sometidas.

Lo mismo pasó con la raza amarilla que creía en la inferioridad del Corapca y el americano para la verdadera sabiduría; y del mismo modo que los egipcios debieron sorprenderse un día al ver al pueblo griego renacer a la cultura, tuvieron que reconocer el inesperado ímpetu de los blancos.

También eran bárbaros, para los latinos, los germanos. Tácito y Cesar vieron en estos a un pueblo bestial sin posibilidad de ingreso a la civilización. España fue provincia romana y también el Celtibero fue tenido como un pueblo bruto e indomesticable. Los europeos de hace 150 años veían en los norteamericanos o en los argentinos pueblos semisalvajes de nulo porvenir cultural. Y como sabemos Roma cayó y Alemania, España, Argentina y Norteamérica, se convirtieron en pueblos protagónicos.

Vemos que la inteligencia de los pueblos, las razas de los individuos decae y florece; que hay momentos de exigua capacidad espiritual, de plenitud y de decadencia vespéral; pero definitivamente no es la mente o la inteligencia, los que sólo dan fisonomía a la personalidad de cada pueblo o raza, sino el espíritu que como unidad puede sobrevivir o sucumbir ante las ruinas.

II LA IGNORANCIA Y LA INFERIORIDAD

Hay muchos hombres de gran inteligencia que son inferiores para la convivencia humana, inteligencias lentas para retener y enlazar ideas, pero riquísimas y de gran profundidad, hombres imaginativos de mente rápida, pero poco inteligentes. La inteligencia no decide la superioridad o inferioridad.

Caba por eso se pregunta “quién no conoce a algún matemático, algún filósofo o algún sabio de cualquier disciplina y en cualquier país, que se conduce como un hombre inferior”.

“Raza, economía y cultura, son inseparables en todo examen etnológico”, según el entender de Luis Valcárcel, pero si se pretendiera analizar sociológicamente la figura del ignorante opulento, el concepto de raza devendría en inaplicable. No porque no existe como realidad, sino porque la ignorancia y la opulencia superan el marco de los gentilicios y las determinaciones caracterológicas de las familias biológicas.

No hemos por eso forzado el criterio de las razas en el tema de la opulencia ignorante, para no entrar ingenuamente a rebuscar en los trasfondos del perjuicio o en las alegaciones tramposas de la discriminación o el absurdo racismo.

CAPÍTULO CUARTO

ACCESO DEL IGNORANTE AL DINERO A TRAVÉS DEL DELITO

I. EL DELITO Y LA TRAMPA COMO MEDIOS DEL IGNORANTE

Ignorantes con dinero existen por millares en el planeta. Andan por ahí, disfrazados de todo, menos de sí mismos. Como una esfinge de varias caras. Rodean la tierra como una plaga fastuosa y la amenazan con su aparente poderío y sus ficciones.

Han llegado a amasar fortuna a partir fundamentalmente del delito y de la trampa. En medio del mundo han creado inescrupulosos la fantasmagoría de un sub-mundo para dominarlo y convertirse en protagonistas, bajo el apotegma de que la vida económica es incesante y constitutivamente incierta, de su orden sin orden, todos de alguna manera terminan (o comienzan) por ser negociantes, comerciantes o empresarios.

Y ese es su mérito. Jacobitas o Jeremíacos, tienen sin embargo el demerito de no reparar en valerse de todo lo que está a su alcance, con tal de no ver caer el andamiaje del comercio que con excitación orgásmica emprenden. No duermen pensando en la maximización de sus ganancias.

Por eso su historia es variada y tumultuosa. Acaparador y especulador por naturaleza, a pesar de su oculta tendencia dilapidadora, goza pensando que sus rentas aumentan y sufre pesaroso y cariacontecido cuando disminuyen.

Hace lo imposible para no perder su ritmo de crecimiento, y no sabe qué hacer con su dinero. Por eso con frecuencia y con facilidad, incursiona, para probar, en negocios ilícitos. Si ya no lo es, se convierte en evasor de impuestos, estafador, usurpador de tierras, usurero, contrabandista de frontera, rufián o narcotraficante. Y entonces desciende al más bajo grado de la condición humana.

El delito (definido dogmáticamente por Jiménez de Asúa como “un acto típicamente antijurídico”), le permitió acceder a su riqueza y es también esa conducta antisocial la que le permite sobrevivir y conservar lo adquirido. El mal pareciera que protege a los que le sirven.

El delito es un lugar común y natural y llega un momento en que ya no lo distingue como tal, sino como un hecho normal, con peligros inherentes que, de repente, complican su vida y hasta ponen en peligro su libertad y la de los suyos, pero se promete a si mismo retirarse de esa vida, cuando haya obtenido

económicamente lo necesario. Es todo un catálogo delictivo. Es fácil presumir que de ese sub-mundo no podrá salir jamás, hasta que sucumbe y su aureola se ennegrece bajo el estigma de haberse convertido pública y oficialmente en un vulgar delincuente.

Claro, una cosa es que sea imputable y otra que sea culpable. Luego de un tiempo se echa el pesar a la espalda y se decide a continuar viviendo. Concibe una manera muy fácil de obtener riqueza y se alianza con otros ignorantes con plata y tahúres para lograr sus fines. Para ese afán tiene el apoyo de sus propios carceleros. El dinero lo puede todo. Y entonces “no pierde tiempo desatando el nudo, lo corta como Alejandro de un sófero sablazo”.

Al cabo de un tiempo sale de la cárcel, pero ya no es el mismo. No tanto porque adentro de repente sus gustos fueron modificados, sino porque su resentimiento social ha recrudecido, desaparecido por completo sus antiguas inhibiciones y convertido en un avezado pillo.

Ya conoció el infierno y entonces el resto es pura panca. No muda de piel como las víboras, pero se vuelve más desgraciado, desdeñoso y desconfiado que antes. Ya no cree ni en sus “compadres”, ni en el fiel que entre tragos le decía que lo quería; y ya ebrio confiesa su decepción, y se revela. Es campeón de la intriga y la traición y es difícil saber lo que está pensando, aunque aquello de “pensar” sea en él tan sólo un eufemismo.

II. LA IGNORANCIA: UN PELIGRO PARA EL MUNDO

Todo ignorante opulento es un peligro para el mundo.

Esa afirmación, aparentemente desdeñosa, recepciona una verdad inevitable. Parte de la premisa de que la ignorancia es un contrasentido y un error de la propia naturaleza que es inteligente. Pero existe y supervive desde el instante en que el hombre se abandona a su sola animalidad incultivada y la mantiene.

Prácticamente es una desarticulación con su élan vital y su destino, e implica una abdicación a la superación mental y espiritual a que tiene derecho. Es un “estar” “sin estar” y un “ser” que “no debe ser”.

Promueve lo absurdo dentro de la raza humana desde que mueve a lo equívoco y a lo insustancial, y termina por convertir al hombre en un esclavo de sus propias oquedades.

Un ignorante opulento es entonces una piedra sin pulir, hosca, vulgar, anémica de ideas, sin expectativas, pero con dinero. Con él hace y deshace, juega a la ruleta y apuesta a ganador. Trata de encumbrarse como un aprendiz de brujo, pero no sabe exactamente en qué cumbre ni cómo encontrar el camino de bajada si alguna vez pudiera el de subida. Y es que sin ideales no se puede hablar jamás de alturas. Y el ignorante envilecido, está siempre debajo de la cañada, por donde las lluvias de arriba depositan el lodo de los cerros.

Desgraciadamente el mundo ha sido tugarizado endémicamente por ese tipo de ignorantes, cuya existencia debe ser una advertencia contra la fe ciega en las ventanas de ciertos enriquecimientos económicos.

Dentro de la dependiente heterogénea y desarticulada estructura económica de nuestros países, con desequilibrio en el empleo, las remuneraciones, nivel de vida, en el ingreso *per cápita*, en los servicios de la educación y la salud, la distribución de la riqueza y el crecimiento del producto bruto interno, el ignorante con plata no tiene un espacio oficial reconocido, pero si informal que no hay que ignorar ni confundir.

III. EL IGNORANTE RUFIÓN

Uno de los peores tipos dentro del ignorante con dinero, es el dedicado, frívolo y ligero, al rufianismo; ese que habitual o accidentalmente explota el cuerpo de una mujer por medio del comercio carnal o meretricio, manteniendo u obteniendo de él – y de sus ganancias deshonestas – un lucro cualquiera; ingresos que invierte en su totalidad o en parte, en algún negocio, industria, operación comercial o cualquier actividad, lícita o ilícita, para obtener un provecho económico para sí, o para darse lujo o comodidades; adquiere una casa, sea para vivir o alquilarla, compra un automóvil para pasearse o para ponerlo de servicio público o invierte dinero en la compra de cocaína o clorhidrato. Claro que a veces, la prostituida participa con el “cabrón” en las utilidades producidas por las inversiones y la iniciativa para la explotación de las ganancias o para el sustento provienen de la misma, pero eso, como lo confirma Roy Freire no lo hace menos rufión, aunque la malviviente esté enamorada o encantada de él y procure tenerlo a su lado a fuerza de dinero – por necesidad sexual o por vanidad y para complacer sus impúdicos caprichos.

No escapa de esa calificación el que compromete, seduce con artificios fraudulentos y promesas lisonjeras y substraer a una mujer para entregarla a terceros con el objeto de relaciones sexuales o actos libidinosos naturales o contra natura, que luego serán promiscuos si persisten.

Para el ignorante, el honor sexual, que es una relación jurídico penal de naturaleza subjetiva-objetiva y un interés que reclama protección, no tiene ningún valor cuando se trata de los demás. La pérdida de carácter esotérico de la cuestión sexual y su vulgarización, la degradación de las costumbres y su “desperjuiciamiento”, lo han hecho convencerse acaso que, como decía Maggiore, “no existe el honor de las partes bajas”.

CAPÍTULO QUINTO

LA RIQUEZA DENTRO DE UNA SOCIEDAD CAÓTICA

I. LA RIQUEZA COMO ENEMIGA DE LA INTELIGENCIA

Definitivamente, la riqueza constituye un implacable enemigo de la inteligencia, que es un órgano de dirección y de control.

El hombre pobre, como explica Galbraith, tiene siempre una visión precisa de su problema y de su remedio: no tiene suficiente y necesita más; mientras el rico puede suponer o imaginar una variedad mucho mayor de infortunios y se encontrará mucho menos seguro de su remedio, y hasta que no aprenda a vivir con su riqueza, evidenciará una perceptible tendencia a emplearla en fines equivocados o a hacer el ridículo.

Eso es lo que pasa con el ignorante enriquecido, por su miedo obsesionante a la ruina y su frenética búsqueda de “seguridad”, porque la ignorancia siempre promueve actos dañosos, a pesar de la benevolencia de las personas.

Es ese no saber vivir con su riqueza, el que evidencia su tendencia al parasitismo, la embriaguez, el gamberrismo, la bribonería y la avidez de recursos económicos. Y es que, efectivamente, como alegaba Gonzales Prada, “nada cambia más pronto ni más radicalmente la psicología del hombre que la propiedad o el dinero”. Claro, exageraba un poco cuando expresaba que “dígase lo que se dijese y hágase las distinciones que se hiciera, enriquecerse no es más que robar el trabajo o el dinero de otros”, pero eso depende de la connotación típica y la intencionalidad de cada acto, que podría llevarnos, fuera de la posibilidad de un “robo” o a otro tipo de delitos.

Aunque ya la ignorancia de por sí, es casi un delito, como decía Horacio Mann, porque presupone la infracción de leyes morales y sociales. Pero más o menos intuyó cómo a lo largo de los siglos que han precedido el desarrollo humano, los hombres han estado sujetos a las miserias impuestas por la naturaleza exterior y por las que extraviadamente se han infringido mutuamente los seres humanos.

Augusto Comte, quien sostenía que las ideas gobiernan y transforman al mundo y que “la gran crisis política y moral de las sociedades actuales se originan en la anarquía intelectual”, sostenía que la riqueza “es necesaria, inevitable e indispensable”, pero que sólo debe tolerársele cuando se le concibe, ya no como el derecho de usar y de abusar, sino como el ejercicio de una función colectiva necesariamente útil para la masa social llegando a reprobar el empleo excesivamente egoísta de las riquezas privadas, bajo la

doctrina de que fuera del orden temporal que impone la ley del poder, existe el orden espiritual de los méritos morales, al que todos debemos aspirar. Según él el objetivo supremo de cada uno debe ser ocupar el primer lugar no en el orden del poder, sino en los méritos, aseveración que no es compartida por el ignorante con plata en la realidad.

Es obvio, como alegaba Weber que “ninguna ciencia podrá indicar a los hombres como deben vivir o enseñar a las sociedades como deben organizarse”.

II. APORTE DEL IGNORANTE A UNA SOCIEDAD CAÓTICA

Una gran crisis enfrentan en la realidad las tradiciones morales que enmarcan la vida social en general, debido a la incultura (y su hija filogenética, la barbarie), porque ésta se sobrepasa a sí misma y transgrede las leyes éticas civiles, condenando a la sociedad al fracaso, la destrucción, la contaminación y la degradación.

Para hacer una revisión radical de sus contornos, pues la cultura de esa incultura ha producido un servicio de aculturación, absolutamente nocivo, tan malo y ambiguo que en su liturgia subterránea y en sus cánones se ha escriturado la historia de azotes culturales y férreas coyundas de pillaje, saqueo continuo, superstición, servilismo, arbitrariedad y violencia, hay que entender cuál es su aporte. Y en éste tema, cuál es el “aporte” del ignorante opulento a una sociedad caótica que por ciclos se trastorna y desespera, como la serpiente del ocultismo que al querer morder su cola se huye y se persigue. Y es que hablando en el idioma de John M. Keynes, en su “eficiencia marginal del capital” actúan sus exageradas expectativas del futuro inmediato, porque

crea encontrar “respuestas técnicas” inequívocas para la solución de sus problemas prácticos. Es por eso que con frecuencia es insoportable su radicalismo en la selección de los problemas a discutir.

Adam Smith decía que “una propensión a permutar, trucar y cambiar una cosa por otra” caracteriza a la naturaleza humana y aunque no nos identificamos de todo con el concepto, nosotros agregamos que esa propensión es muy visible en el ignorante adinerado, por su embrollada relación entre el ahorro y la inversión, que sacude, por sus actitudes y premisas implícitas, la economía ortodoxa.

“La ley psicológica fundamental en la que podemos basarnos con entera confianza, tanto a priori a partir de nuestro conocimiento de la naturaleza humana, como a partir de las series detalladas de datos empíricos – argüía Keynes – afirma que los hombres están dispuestos, por regla general y por término medio, a aumentar su consumo a medida que aumenta su renta, pero en una proporción menor”.

En el ignaro con plata, la proporción es mayor por su comportamiento en ocasiones irracional de maximizar sus beneficios. Sus criterios de satisfacción y en general su “teoría” de comportamiento y de su utilidad, son un nuevo elemento, que puede ser analizado dentro del contexto cultural del mundo, por los economistas y sociólogos.

Al fin de cuentas los mayores problemas, y sobre todo “esa espantosa confusión” a la que se refería Keynes, promovida por el enfrentamiento económico entre clases y naciones, se debe al fracaso de la inteligencia. Y un hombre no puede tener título más vergonzoso y malo que el de ser una persona ignorante.

La educación que es el instrumento que pone a las nuevas generaciones en contacto con las múltiples realizaciones culturales del hombre en sus diversas órdenes (ciencia, arte, religión, moral, organización social, política y economía, tecnología, etc.) y que busca despertar la capacidad creativa de las mismas para que acrecienten el acervo cultural y logren cambios profundos en la conciencia humana, deberá en definitiva tener un papel reestructurador en el espacio del ignorante opulento.

La cultura es una realidad óptica que debe suponer al mundo como su núcleo de sustentación, y la educación está obligada en esa realidad a tener un papel protagónico orientado a crear un hombre nuevo capaz de producir conocimiento en vez de solamente consumirlo.

Existe un variopinto contingente de ignorantes opulentos en el diagrama social de todos los países. Que aportan, es cierto, pero una filosofía agreste de individualismos negativos, de dudosa y lenta utilidad, por su incapacidad de desprenderse de lo mediocre e intrascendente y sus patrones pseudo organizativos y fragmentados.

Son en definitiva un factor de perturbación que ha deteriorado algunas veces de manera irreversible los procesos culturales de los países y contra sus desfases, absurdos y a veces peligrosos, los Estados deben proponer alternativas específicas.

BIBLIOGRAFÍA

- 1. ALEGRÍA, Ciro**
- 2. ARISTÓTELES: La Política**
- 3. ARON, Raymond: La Sociedad Industrial**
- 4. ARON, Raymond: La lucha de clases**
- 5. BELAUNDE, Víctor Andrés: Peruanidad**
- 6. BUNGA, Mario: La ciencia, su método y filosofía**
- 7. CASTRO, Fidel: La crisis económica y social del mundo**
- 8. CERDA, Enrique: Una psicología de hoy**
- 9. CLARKE, Adam: Comentarios bíblicos**
- 10. COMTE, Augusto: Cursos de Filosofía positiva**
- 11. DE SOTO, Hernando: El otro sendero**
- 12. DE TOQUEVILLE, Alexis: La democracia en América**
- 13. DE UNAMUNO, Miguel: Del sentimiento trágico de la vida**
- 14. DIDEROT, Dionisio: Obras filosóficas**
- 15. DURKHEIM, Emile: Sociología y Filosofía**
- 16. FLORES POLO, Pedro: Diccionario de términos jurídicos**
- 17. GALBRAITH, John Kenneth: La Sociedad Opulenta**
- 18. GARCÍA, Sixto: Economía política**
- 19. GIDE, Charles: Curso de Economía Política**
- 20. GONZALES PRADA, Manuel: Horas de lucha**
- 21. GONZALES PRADA, Manuel: Páginas libres**

22. HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl: Cincuenta años de aprismo
23. HEERS, Jacques: Historia de la Edad Media
24. HENTIG, Hans Von: Las tendencias criminales de los ciegos
25. INGENIEROS, José: hacia una moral sin dogmas
26. INGENIEROS, José: El hombre mediocre
27. INGENIEROS, José: Fuerzas morales
28. ITARCUSE, Hebert: Ensayos sobre política y cultura
29. JAMES, W: Pragmatismo
30. JIMÉNEZ DE ASÚA, Luis: Problemas de Derecho Penal
31. JUNG CARL, Gustav: La psicología de la transferencia
32. KELSEN, Hans: Teoría pura del Derecho Filosófico
33. KEINES, John M: Crítica de la economía clásica
34. KIERKEGAARD, Sören: La enfermedad mortal
35. LANDMANN, Michael: Antropología filosófica
36. LANDROVE DÍAZ, Gerardo: El delito de la usura
37. LUKACS, George: Historia y consciencia de clase I y II
38. LÓPEZ ALBÚJAR, Enrique: Sobre la Psicología del Indio (la polémica del indigenismo)
39. LUNA, Lisandro: Morgue
40. LUNDBERG, F.: Los ricos y los super ricos
41. MALTHUS, Robert: Primeros ensayos sobre la población
42. MAQUIAVELO, Nicolás: El Príncipe

43. **MARCUSE, Hebert: El hombre Dimensional**
44. **MARIÁTEGUI, José Carlos: Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**
45. **MARIÁTEGUI, José Carlos: Historia de la crisis mundial**
46. **MISLIV SHENKA, A.G. : El hombre como objeto del conocimiento**
47. **MIRA Y LÓPEZ, Emilio: Psicología Básica**
48. **NICOD, Jean: El problema lógico de la Inducción**
49. **NIETZSCHE, Friedrich: La gaya ciencia**
50. **ORTEGA Y GASSET, José: El espectador**
51. **PROUDHON, Pedro José: El Estado**
52. **RIBET: Psicología de los sentimientos**
53. **ROBERTSON, Pat: El reino secreto**
54. **ROMERO, Emilio: Revisión de geografía y Ciencias Sociales**
55. **ROSETTI J.P.: Introducción a la Economía**
56. **ROSSEAU, Jean Jacques: El Contrato Social**
57. **ROY FREYRE, Luis: Derecho Penal Peruano, Tomo I**
58. **RUIZ FUNES, Mariano: Actualidad de la venganza**
59. **RUSSELL, Betrand: Escritos Básicos I**
60. **SAGAN, Carl: Los Dragones del Edén**
61. **SÁNCHEZ, Luis Alberto: Historia General de las Américas, Tomo I**
62. **SCHNEIDER, Erich: Teoría Económica, Tomo I**
63. **SHKLAR, Judith N.: Legalismo**
64. **SMITH Y SMITH: La conducta del hombre**
65. **STERN, William: Psicología General, Tomo I**

66. **STUART MILL: La Libertad**
67. **STRAUSS, Leo: De la tiranía**
68. **TEILHARD de Cardin: El fenómeno del hombre**
69. **TSE TUNG, Mao: Obras escogidas**
70. **TSE TUNG, Mao: Cinco tesis filosóficas**
71. **VALCÁRCEL, Daniel: Historia de la Educación
Incaica**
72. **VALCÁRCEL, Luis: Ruta cultural del Perú**
73. **WELBERG, Max: Economía y Sociedad**
74. **WELBERG, Max: Sobre la metodología de la ciencia
social**
75. **WILTAKER, james: Psicología**

INDICE

LA OPULENCIA IGNORANTE

CAPÍTULO PRIMERO

LA IGNORANCIA, EL IGNORANTE Y LA OPULENCIA

- I.- Consideraciones Preliminares
- II.- Antecedentes Históricos
- III.- El Ignorante Opulento: Un Nuevo Grupo Social

CAPÍTULO SEGUNDO

ÁMBITO Y CONDUCTAS DEL IGNORANTE OPULENTO

- I.- Descripción Típica del Ignorante Opulento
- II.- El Desorden y la Informalidad del Ignorante
- III.- Un Nuevo Idioma y una Nueva Conducta para la Ignorancia
- IV.- Modus Operandi Comercial del Ignorante Opulento

V.- El Ignorante con Dinero y la Política

VI.- La Hipocresía Teológica y Teleológica del Ignorante

CAPÍTULO TERCERO

FENOMENOLOGIA DE LA IGNORANCIA

I.- La Ignorancia a partir de la Raza

II.- La Ignorancia y la inferioridad

CAPÍTULO CUARTO

ACCESO DEL IGNORANTE AL DINERO A TRAVÉS DEL DELITO

I.- El Delito y la Trampa como Medios del Ignorante

II.- La Ignorancia: Un Peligro para el Mundo

III.- El Ignorante Rufián

CAPÍTULO QUINTO

LA RIQUEZA DENTRO DE UNA SOCIEDAD CAÓTICA

I.- La Riqueza como Enemiga de la Inteligencia

II.- Aporte del Ignorante a una Sociedad Caótica

Bibliografía